EL DISCURSO SOBRE LA LENGUA CASTELLANA DE AMBROSIO DE MORALES

PEDRO RUIZ PÉREZ.
Universidad de Córdoba.

El debate sobre las lenguas romances, la afirmación de su dignidad y su confirmación como lengua literaria culta constituyeron algunos de los ejes más importantes que ordenaron no sólo la labor de los humanistas en lengua vulgar, sino también una gran parte de la creación literaria, condicionada por estos parámetros y en numerosas ocasiones centrada en la discusión en torno a los mismos¹. Estas grandes líneas servían para dibujar esencialmente el paisaje cultural con que debía contar cualquier empresa lingüística o poética que pretendiera desenvolverse en el marco delimitado por el inicio del reinado de Carlos V y la década de los ochenta del siglo XVI. Tales son las fronteras entre las que se desenvuelve la elaboración del *Discurso sobre la lengua castellana*, de Ambrosio de Morales, incluyendo el momento de redacción de la obra que lo motiva y a la que servirá de prólogo cuando ésta conozca la suerte de la imprenta.

Cuando Fernán Pérez de Oliva muere en 1531, la pieza más importante de su producción literaria, el *Diálogo de la dignidad del hombre*, permanece inédito y, sin duda, debió pasar con el resto de los papeles del humanista a manos de su sobrino y discípulo, el joven Ambrosio de Morales², quien no

¹ En P. Ruiz Pérez, "Sobre el debate de la lengua vulgar en el Renacimiento", *Criticon*, 38, 1987, págs. 15-44, analizo las líneas principales de desarrollo de estas ideas lingüísticas. Un panorama más amplio lo ofrece Lore Terracini, *Lingua come problema nella letteratura spagnola*, Torino, Stampatori, 1979. Para lo referente a la lengua literaria, cfr. Domingo Ynduráin, "La invención de una lengua clásica (Literatura vulgar y Renacimiento en España)", *Edad de Oro*, I, 1982, págs. 13-34.

² Cfr. M. de los D. Salazar, "Ambrosio de Morales, heredero de Fernán Pérez de Oliva", *RBN*, IV, 1943, págs. 381-384. Para la biografía del humanista hay que seguir recurriendo a P. Bernabé Cobo Sampedro, *Ambrosio de Morales. Apuntes biográficos*, Córdoba, 1879 (cfr. *Obras*, BAE, XCI-XCII); y Enrique Redel, *Ambrosio de Morales. Estudio biográfico*, Córdoba, 1908.

habría de ser, sin embargo, el responsable de dar por primera vez a la estampa esta pieza representativa del Humanismo español. Fue el curioso publicista Cervantes de Salazar³ el artífice de la primera edición del *Diálogo*, publicada en 1546, a nombre del responsable de la impresión, como era frecuente⁴. En ella Ambrosio de Morales incluye como prólogo a la obra de su tío el que alcanzaría el título definitivo de *Discurso sobre la lengua castellana*, en una versión que habrá de corregir y aumentar años más tarde, cuando en 1586 lo coloque de nuevo como prólogo al *Diálogo* en la edición de *Las Obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva*, salidas de las prensas cordobesas de Gabriel Ramos Bejarano⁵.

De este modo se funden en una trayectoria conjunta los textos de los dos humanistas, en la que Ambrosio de Morales añadió a su actuación como editor la de autor de uno de los más importantes textos teóricos sobre la consideración de la lengua literaria castellana a lo largo del siglo XVI. La doble redacción de este discurso prologal, con sus huellas de los cambios acaecidos en cuatro décadas trascendentes, lo convierten además en uno de los más significativos de la serie⁶. Como ocurriera con los textos de los dos humanistas cordobeses a lo largo de esa centuria, ambas facetas de Morales resultan inseparables, por cuanto el *Discurso*, además de inspirarse en el texto de Oliva al que precede y al que toma como objeto de su consideración, es pieza clave en la labor editorial del humanista, al plasmar la valoración crítica y la con-

³ Los datos más accesibles de este autor pueden encontrarse en Vicente Gaos, "Cervantes de Salazar como humanista", *Temas y problemas de la literatura española*, Madrid, Guadarrama, 1959, págs. 35-91.

⁴ El volumen llevaba como título *Obras que Francisco de Salazar ha hecho, glossado y traducido* (Alcalá de Henares, por Juan de Brocar, 1546), e incluía junto al texto de Oliva el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, de Luis Mexía, con glosas y moralización del editor, y la *Introducción y camino para la sabiduría*, traducido con adiciones de la obra de Vives. La ambigüedad de la denominación está más motivada en esta edición que en otras semejantes, por cuanto Cervantes de Salazar manipuló ampliamente los textos originales, añadiendo al *Diálogo* de Oliva un pasaje con el que pretendía cerrar el final tan abierto del original.

⁵ Analizo el desarrollo de esta edición, el papel de Morales y la orientación que le dio a la misma en P. Ruiz Pérez, *Fernán Pérez de Oliva y la crisis del Renacimiento*, Universidad de Córdoba, 1987. Por lo que se refiere a la suerte del *Discurso*, tras la edición de 1586, y retenida ésta por la Inquisición, vuelve a ver la luz de la imprenta al reeditar Cerdá y Rico en 1772 el volumen de Cervantes de Salazar. En su reedición el erudito dieciochesco recoge las variantes entre las ediciones de 1546 y 1586, señalándolas tipográficamente o remitiéndolas a notas a pie de página, junto con otras anotaciones propias.

⁶ Para la noticia de estos textos, además de los estudios reseñados en la nota 1, cfr. M. Romera-Navarro, "La defensa de la lengua española en el siglo XVI", *Bulletin Hispanique*, XXXI, 1929, págs. 204-255. Los más destacados se encuentran recogidos en José F. Pastor, *Las apologías de la lengua castellana en el Siglo de Oro*, Madrid, Clásicos Olvidados, 1929; y Germán Bleiberg (ed.), *Apología de elogios de la lengua española*, Madrid, Cultura Hispánica, 1951. Más amplia y detallada es la recopilación del Conde de la Viñaza, *Biblioteca histórica de la filología castellana*, Madrid, 1893.

sideración de la obra de Oliva de forma expresa⁷, por la que el autor del *Diálogo de la dignidad del hombre* es propuesto como modelo de perfección en el uso de la lengua castellana y digno de la *imitatio*, en un momento de replanteamiento y reconsideración de la naturaleza de la lengua poética.

En este proceso de escritura y sucesivas ediciones del texto de Oliva podemos seguir el desarrollo de las ideas lingüísticas y de poética del trascendental período renacentista. Si el primer momento de esta secuencia corresponde en exclusiva a Fernán Pérez de Oliva, la resolución final de la misma, la que le otorga su configuración definitiva, muestra un evidente protagonismo de su sobrino, marcando el tránsito de la creación artística a la reflexión crítica y teórica. Como en una imagen emblemática de la sucesión habida entre el primer y el segundo Renacimiento, entre la irrupción creativa de las nuevas formas y su amaneramiento y conclusión, pasando por su recopilación y codificación, la obra de Oliva sigue en manos de Morales una trayectoria que va desde su nacimiento como un vivo y actuante fruto de su tiempo hasta su tratamiento, algo más de medio siglo después, como una obra clásica, tomada como ejemplo e ilustración de unas teorías lingüísticas y unas normas estilísticas. Y en el centro de este proceso, en tanto que la obra fundamental de Oliva es agrupada con textos de otros autores en la colección de un humanista menos creativo, Morales sitúa la primera redacción de lo que, salvando el anacronismo, podríamos considerar como el manifiesto de su actitud no sólo ante la obra de Oliva, sino ante la lengua y la literatura castellanas en general. Cuando en 1546 Morales pone su prólogo "Al lector" al frente del *Diálogo* de su tío, establece, con la unión de la teoría crítica a la práctica anterior, el inicio de uno de los episodios más importantes y esclarecedores de la rica y compleja reflexión sobre la lengua y la poesía españolas del siglo XVI.

La trayectoria del Discurso.

El que habría de ser conocido definitivamente como *Discurso sobre la lengua castellana* y adquirir una plena autonomía, hasta convertirse en una de las piezas esenciales del pensamiento lingüístico y la poética de la centuria, nace en 1546 como una nota preliminar y casi marginal, en el contexto de la batalla por la defensa de la dignidad de la lengua castellana y su uso

⁷ La misma consideración se refleja en la *dispositio* que como editor da a las obras de su tío en el volumen de 1586, que abre con los textos latinos del humanista (los *Tituli* para los Generales de Salamanca y el *Dialogus* hispano-latino), tras los que sitúa el *Diálogo de la dignidad del hombre* y el *Discurso de las potencias del alma*, las tres piezas dramáticas, dos razonamientos y los tres poemas. Tras las obras de Oliva aparecen otras del propio Morales y del licenciado Pedro de Vallés.

literario. Cuarenta años después, en la misma posición y función preliminar, vuelve a aparecer, esta vez con el título con que hoy lo conocemos y con algunas correcciones e importantes y significativas adiciones.

Dejando aparte algunas citas traídas como ilustración de sus afirmaciones, como el ejemplo de San Agustín y su comentario acerca de la música⁸, tres son las innovaciones sustanciales que aporta la revisión del que Morales presenta en la edición de 1586. Todas ellas responden a la adaptación a los cambios operados en el transcurso de esos cuarenta años. Sin seguir el orden en que aparecen en el texto, podemos señalar, en primer lugar, la ampliación de las citas de las obras y autores que han enriquecido el panorama de las letras españolas, alterando la primitiva afirmación acerca del descuido en el cultivo de la lengua castellana (págs. 56-57) y originando modificaciones en el planteamiento de su defensa. La incorporación a la nómina de la historia literaria de las obras de fray Luis de Granada, de la traducción de la *Consolación de la filosofía* de Boecio y del propio volumen recopilatorio de Cervantes de Salazar, considerados por Morales como modelos —y en todos los casos valiosas aportaciones a la prosa literaria castellana—, constituye por sí misma un decisivo argumento en defensa de la elevación alcanzada por nuestras letras, haciendo innecesario el desarrollo de otro tipo de argumentos tópicos. De otra parte, la confirmación de la dignidad de la lengua castellana que estas obras proporcionan permite desviar el eje de la polémica que se produce en todo el panorama de las letras españolas, desde la confrontación con el latín en constante emulación, hacia la reflexión sobre la naturaleza y el valor intrínsecos de la lengua vernácula y el desarrollo de sus posibilidades expresivas. A ello atiende Morales en la extensa interpolación que consideramos en segundo lugar.

En ella el humanista, señalándolos como defectos, se aparta de los dos rasgos que componían la norma estilística del Renacimiento, la naturalidad y la sencillez nacida del buen gusto. Para el Morales de la década de los ochenta ya es un error considerar que la naturaleza es la única maestra de la lengua y que ésta no es susceptible de perfección mediante el estudio y el cuidado de la expresión. Afirmando la necesidad del arte y la posibilidad de la

⁸ Como se adelantaba en la nota 5, Cerdá editó el *Discurso* anotando las variantes entre sus dos redacciones. Cuando se trataba de correcciones, el editor se basó en su juicio para escoger la que le parece más acertada y dar cuenta de la otra en el aparato crítico. En el caso de las interpolaciones de cierto significado y extensión, Cerdá las incorpora directamente al cuerpo del texto, señalándolas mediante comillas. Así el texto impreso por Sancha en 1772 ofrece la primera lectura completa y cotejada del *Discurso*. Ésta es la que recoge Bleiberg en la *Antología* citada, por la que citaré, indicando en el texto, entre paréntesis, el número de página. No obstante, teniendo a la vista las ediciones de 1586 y la de 1772, preservó algunas formas ortográficas de pertinencia fonética y fonológica, además de señalar en nota alguna variante significativa. El pasaje agustiniano se recoge en la página 57.

lengua castellana para alcanzar un grado de elocuencia semejante al de la latina, saliéndose del uso común sin caer en la afectación, Morales está esbozando un nuevo modelo estilístico, que rompe con el del primer Renacimiento y apunta ya hacia el del Barroco, un modelo en que no “será superfluo todo su cuidado, toda su doctrina y trabajo” (pág. 52). La distancia con los planteamientos iniciales, correspondientes a los que se encontraban en vigor a mediados de la centuria, se muestra en el *Discurso* de 1586 en la propuesta estilística que Morales formula de manera muy cercana a la que en fecha próxima, en 1585, hacía fray Luis de León en la “Dedicatoria” del libro III de su obra *De los nombres de Cristo*, verdadero punto de transición entre las dos grandes etapas del siglo XVI:

Yo no digo —afirma Morales— que afeites nuestra lengua Castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad; no la vistas de bordados, ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido, que aderece con gravedad (pág. 53).

No sólo estamos ya ante el criterio de selección que defendía el fraile agustino y una insinuación de cierto ornato o “atavío”, que apunta hacia el cercano predominio de la “invención”, sino que también nos encontramos ya con la palabra que definiría tanto el estilo literario como la actitud general del hombre del Barroco, la “gravedad”⁹. Evidentemente, ni estas formulaciones ni los ideales estéticos que les subyacen podían haber aparecido en la versión inicial del *Discurso*, en 1546, sino que obedecen plena y exclusivamente al estado del debate que se desarrollaba en los momentos finales del Quinientos. En esta situación hay que incardinar también el elogio —junto a la propia edición— de la obra de Oliva, que supone la tercera adición que vamos a considerar.

Como es natural, los comentarios elogiosos a la obra de Oliva aparecían ya en la primera versión del *Discurso*, pues este propósito laudatorio era su intención formal. Sin embargo, el planteamiento difiere notablemente cuando Morales enfrenta su revisión, no sólo en un grado cuantitativo, sino sobre todo en la orientación misma de esos elogios. La recopilación de todos los textos de su tío obligaba a la lógica extensión del comentario, pero también

⁹ Para las bases socioculturales que motivaron el cambio, véase Bernardo Blanco-González, *Del cortesano al discreto. Examen de una decadencia*, Madrid, Gredos, 1962, en el único tomo aparecido. Las bases conceptuales del arquetipo renacentista son analizadas por Margherita Morreale, *Castiglione y Boscón: el ideal cortesano en el Renacimiento español*, Madrid, RAE, 1959. En las letras españolas puede seguirse la evolución del modelo renacentista al barroco a partir de la traducción de *Il Cortegiano* por Boscón (1534), en *El Scholástico* de Villalón, *El Galateo español* (c. 1586) de Lucas Gracián Dantisco, *El héroe* (1637) y *El discreto* (1646) de Gracián, como hitos más destacados.

al cambio de enfoque empleado y de la línea de argumentación, pues en ella tienen ya cabida las referencias textuales al dominio de la lengua latina, a los textos traducidos o al resto de la obra compuesta en castellano. Pero lo realmente interesante es el desvío del planteamiento inicial, limitado al reconocimiento del apoyo que el *Diálogo de la dignidad del hombre* prestaba a la defensa e ilustración de la lengua castellana, hasta su conversión en ejemplo del modelo estilístico propuesto en el *Discurso*, tal como éste se infería de las interpolaciones señaladas. Así, el énfasis ya no recae en que Oliva “no quiso sino escribir siempre en lenguaje Castellano”, sino en que lo hizo “empleándolo en cosas muy graves con propósito de enriquecerlo con lo más excelente que en todo género de doctrina se halla” (pág. 63), donde vuelven a aparecer claras referencias textuales a los nuevos ideales de “riqueza” y “gravedad”. Éstos han sido desarrollados a lo largo de la primera parte del *Discurso*, situando Morales al final del mismo la obra de su tío, en la cúspide de esta categorización, con el doble y fuertemente interrelacionado propósito de ensalzar los méritos de Oliva y convertirlo en valedor y bandera del modelo estilístico propuesto.

Las ideas lingüísticas del Discurso.

Tanto en el nivel de su estructura general como en cada uno de los apartados concretos en que se articula, el *Discurso* de Morales ofrece, al par que una extraordinaria coherencia¹⁰, un enorme rigor argumental y expositivo, situándose con ello en las fronteras en las que el ensayo se emparenta con el tratado científico. Con recurso oratorio, el humanista reproduce un esquema en el que se funden lo especulativo y lo retórico, al seguir en su razonamiento expositivo sobre los niveles de la lengua y las normas de su uso literario la línea trazada por la evolución de las ideas generales a lo largo de todo el siglo. Así, el *Discurso* se inicia con la consideración de las ideas de raíz platónica sobre la lengua y los aspectos que éstas destacan, para acabar con los planteamientos de base aristotélica que anuncian el paso al Manierismo y el Barroco. Los presupuestos anteriores, sin embargo, no se excluyen totalmente, quedando integrados en una amplia teoría sobre la lengua, en la que hace corresponder las distintas ideas lingüísticas con los diferentes niveles de la propia lengua. Intentaremos a continuación analizar y desarrollar en esta línea apuntada el sistema de ideas y argumentos articulado por Morales en el *Discurso*.

¹⁰ Cfr. Valeria Scorpioni, “Il *Discurso sobre la lengua castellana* di Ambrosio de Morales: un problema di coerenza”, *Studi Ispanici*, X, 1977, págs. 177-194.

Se abre éste con una auténtica declaración de principios naturalista, adelantada *ex abrupto*: “Una buena parte de la prudencia en los hombres es saber bien el lenguaje en que nacieron” (pág. 47). Con ello el autor engarza su *Discurso* con la primera etapa de afirmación renacentista de la lengua vulgar materna frente al latín, pero retomando la actitud filosófica de corte platónico que la sustentaba no para mantener una actitud de abierta polémica, que, sobre todo a partir de la segunda edición del texto, puede considerarse prácticamente superada, sino para integrarla en una línea de razonamiento que ha de conducir hasta las consideraciones finales. “Ésta es la primera cosa —continúa razonando Morales— a que el entendimiento se aplica en la vida, y en ella tenemos por maestro a la misma naturaleza” (pág. 47). Al carácter natural de la lengua materna pueden añadirse otras razones para justificar su uso (literario), en las que Morales puede sintetizar las corrientes de defensa de la lengua vulgar más vivas y actuantes en la primera mitad de la centuria:

y el principal ornamento con que el hombre sabio ha de arrear su persona, y en que debe señalarse entre los otros, es en el hablar ordinario, que todos entienden y todos se sirven de él para manifestar lo que sienten, gozando asimismo todo lo que en él se les comunica (pág. 47).

En tan breve fragmento resuenan como acompasados ecos las ideas de Castiglione sobre las virtudes del cortesano y su defensa de la lengua vulgar como una de las principales virtudes de este modelo de hombre renacentista. A la defensa de Castiglione se une la de Pietro Bembo, autor en el que se detendrá más adelante. La actitud platónica y naturalista del legado pontificio en España es la que se continuará en nuestra lengua a través de figuras como Valdés o Villalón, discípulo de Oliva, en paralelo al Morales de 1546. Suficientemente conocida es la actitud del autor del *Diálogo de la lengua* y no menos explícita es la defensa del uso del romance sostenida por Villalón en *El Scholástico*, y aún habría de continuarse esta línea hasta culminar en fray Luis de León, pasando por figuras tan destacadas como fray Alonso de Orozco, Alejo Venegas del Busto y Huarte de San Juan¹¹.

La apelación a la extensión del romance “que todos entienden” y las posibilidades de comunicación derivadas de ello recuerdan los planteamientos erasmistas, que supusieron también un importante impulso en la defensa de las lenguas vernáculas¹², pues no en balde impulsos conectados con el eras-

¹¹ Véase Romera-Navarro, ob. cit., pág. 117; y Aubrey F. G. Bell, *El Renacimiento español*, Zaragoza, Ebro, 1944, págs. 128-129. En su amplio estudio *El pensamiento de Cervantes* (Barcelona, Noguer, 1972, pág. 186), Américo Castro descubre en el autor de *El Quijote* ciertas vetas que lo entroncan directamente con la línea apuntada.

¹² Cfr. Luisa López Grigera, “Estela del erasmismo en las teorías de la lengua y el

mismo alentaban en los propios Valdés y Villalón, y a estos impulsos hay que atribuir la labor gramatical y de defensa del castellano de autores como Juan Martín Cordero, Pedro Simón Abril, Francisco Thámara, Vergara, Palmireno o el propio Venegas del Busto, asimismo autor de un prólogo a las obras de Mexía, Vives y Oliva que Cervantes de Salazar recopiló en el volumen en el que vio por primera vez la luz el *Discurso* de Ambrosio de Morales¹³. La difusión de estas ideas contribuyó de manera efectiva a la primacía de la eficacia comunicativa, junto con determinadas condiciones materiales, a la hora de escoger la lengua utilizada, como señala Domingo Ynduráin, recogiendo entre otros testimonios las lamentaciones de Francisco López de Villalobos acerca de las dificultades que encuentra para imprimir una obra en latín¹⁴.

En estas circunstancias, que no cabe ver como meramente anecdóticas o aisladas y que conforman la situación lingüística de mediados de la centuria, inscribe Morales su defensa de la lengua castellana, más que con argumentos polémicos, con aquellos que le permiten situar su razonamiento en una corriente general de preocupación por lo propio y natural, de la que luego traerá los ejemplos de griegos, latinos e italianos. Comentando el carácter platónico de la defensa renacentista de la lengua vulgar, Américo Castro señala:

El Renacimiento dignifica el refrán por ser expresión de la naturaleza y mística sabiduría ínsita en la conciencia; avalora los romances que canta el vulgo por tradición (...) en los que se veía quién sabe qué místicos ecos de la belleza natural; en fin, el Renacimiento ha de dignificar la lengua hablada, la vulgar y usadera, considerándola como el más inmediato instrumento de expresión, en contacto directo con ese fondo misterioso de lo humano, fuente del espíritu. El principio metafísico se aliaba con el impulso vital, que iba afanosamente tras de cuanto era vida y energía; el lenguaje hablado fue enseguida objeto de amor para los más egregios de los renacentistas. Además, la conciencia nacional buscó un punto de apoyo en las hablas locales, frente al latín, abstractamente internacional¹⁵.

Desde un punto de vista no específicamente lingüístico, el historiador deja traslucir, de forma implícita, el fenómeno de contaminación de los iniciales valores platónicos, al hacer referencia al uso y a la vida del lenguaje hablado, que lleva a la polémica entre naturaleza y uso como criterios de perfección de la lengua, configurando una segunda etapa en la trayectoria de las ideas lingüísticas de la centuria, y que Morales recoge en su *Discurso* inmediatamente después de la inicial afirmación de lo natural:

estilo en la España del siglo xvi", *El erasmismo en España*, ed. M. Revuelta Sañudo y C. Morón Arroyo, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1986, págs. 491-500.

¹³ Referencias a esta nómina de erasmistas relacionados con la defensa del vulgar se encuentran en A. Castro, ob. cit., págs. 187-188.

¹⁴ Cfr. D. Ynduráin, ob. cit., págs. 26-27.

¹⁵ A. Castro, ob. cit., págs. 185-186.

la cual (naturaleza) poco después de nacido el hombre, juntamente con el movimiento del cuerpo, a que luego lo acostumbra, le muestra también a moverse con el alma y dar señal de ella con hablar en su lenguaje. Pasados algunos años, cuando ya naturaleza nos ha enseñado lo que basta para formar bien las voces y pronunciar enteramente y sin fealdad las palabras, entonces sucede en su lugar el uso, de quien aprendemos la propiedad de nuestra lengua natural (pág. 47).

A esta matización inicial de la dicotomía de naturaleza y uso, que no representa una radical contraposición entre ambos conceptos, añade inmediatamente una distinción que sí resulta pertinente y productiva en el desarrollo de las ideas lingüísticas del Renacimiento. La propiedad, que es fruto de la naturaleza y el uso y satisface las necesidades de comunicación y corrección, representa un nivel diferente del de la "elocuencia", que Morales introduce a continuación, respondiendo al ideal de elegancia representado por la norma cortesana, tal como ya fuera definida por el mismo Castiglione y se desarrollara en España a partir del modelo garcilasiano. Si la propiedad, como nacida de la naturaleza y el común uso, se encuentra en el pueblo, y se ilustra esta sentencia con la reconvención que la anciana ateniense hizo a Teofrasto (pág. 48), sólo el cultivo de la lengua permite acceder a su perfección, que "no es común, sino negocio de particular juyzio"¹⁶. Morales va más allá, así, de posturas como la valdesiana, radicalmente platónica, que sitúa la perfección modélica en las manifestaciones más específicas de la lengua popular, los refranes, siguiendo el modelo de la idea clásica de que la pureza de la lengua latina residía en las matronas romanas.

Cuando el humanista cordobés se autoriza con el testimonio de los poetas y oradores latinos, como Valerio Máximo o Cicerón, que perfeccionaron su lengua cultivándola con intensa dedicación, en lugar de emplear la griega, la defensa del uso de la lengua vernácula no está ya hecha con intenciones reivindicativas del castellano frente al latín como casi por las mismas fechas mantiene Venegas en su *Agonía del tránsito de la muerte* (1538) o, más adelante, persiste aún en Malón de Chaide y Huarte de San Juan, sino que se presenta en función del continuo esfuerzo de perfeccionamiento con que hay que emplear la lengua, el cual sólo puede ser alcanzado mediante el ejercicio y el arte:

La grande afición¹⁷ con que los Romanos amaron la lengua de su tierra, se vee manifestada en la diligencia con que procuraron el bien hablar, aprendiéndolo por arte muy larga y continuo ejercicio (pág. 49).

¹⁶ Fray Luis de León, "Dedicatoria" del libro III, *De los nombres de Cristo*, ed. C. Cuevas, Madrid, Cátedra, 1980, pág. 497.

¹⁷ Bleiberg: "La gran afición"; 1586: "La grande afficion". Cerdá y Rico: "La grande afeción". 17.

El ejemplo se aproxima al caso castellano a través de la lengua toscana, en la que Morales repasa la contribución a la defensa y desarrollo del vulgar hecha por autores como Boccaccio, Petrarca y Castiglione, hasta detenerse en la figura de Pietro Bembo, en cuyas *Prose della volgar lingua*, “libro particular de la propiedad della” (pág. 51), concreta uno de los sentidos del concepto “arte” al que se refería en el fragmento citado anteriormente. Se trata de las *regole dell'arte*, a las que Nebrija había intentado someter la lengua castellana medio siglo antes de que Morales compusiera su *Discurso*. Sin embargo, Morales parece olvidar la obra gramatical del sevillano, al que ni siquiera menciona. Ya éste había recibido la oposición frontal de Juan de Valdés, pero no sólo por la cuestión más superficial de la contraposición de la norma toledana frente a la sevillana, sino, sobre todo, por la mucho más profunda diferencia de las concepciones de la lengua, que se proyectan en el acercamiento a su estudio a través de un diálogo de corte platónico-ciceroniano o un tratado científico de rigor aristotélico. Por esta misma razón es por la que Valdés desdeñaba la sistematización del Bembo, de la que “séos dezir —afirma por medio del personaje que lleva su nombre en el *Diálogo de la lengua*— que a muchos he oído dezir que fué cosa inútil aquel su trabajo”¹⁸.

Esta omisión de Morales sustenta su queja por el descuido que ha venido sufriendo la lengua castellana:

Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua Castellana, que siendo igual que todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo desto a muchas ventaja, por culpa o negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco, que ha perdido mucho de su valor (pág. 51).

Recoge así, apoyado en el caso italiano expuesto anteriormente, una línea de lamentos por la situación de la lengua castellana de autores estrechamente vinculados con las letras italianas, como una derivación de la significativa influencia de éstas en la defensa de la lengua castellana. Tal es el caso, por ejemplo, de Juan de Valdés, el cual, aunque tiene a la lengua castellana por “tan elegante y gentil como la toscana”, confiesa que “también la tengo por más vulgar, porque veo que la toscana está ilustrada y enriquecida por un Boccaccio y un Petrarca”¹⁹, autores que, como luego hará Morales, echa en falta en las letras castellanas. Y lo mismo confesará el propio Garcilaso en el conocido pasaje de su epístola preliminar a la traducción que Boscán había hecho de la obra de Castiglione: “yo no sé qué desventura ha sido siempre la nuestra, que apenas ha nadie escrito en nuestra lengua sino que pudiera

¹⁸ Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. C. Barbolani, Madrid, Cátedra, 1982, pág. 122.

¹⁹ Juan de Valdés, ob. cit., pág. 123.

muy bien escusar”²⁰. En cualquier caso, ni las quejas de estos autores ni las de Morales debieron surtir mucho efecto, pues años después volvemos a encontrar los mismos lamentos y en términos muy similares en Herrera, quien sigue denunciando “el descuido de los nuestros i la poca afeción que tienen a honrar la (lengua) suya”, en sus *Anotaciones* a la obra de Garcilaso²¹, mientras a su voz unen las suyas Francisco de Medina y fray Luis de León.

Vuelve en este punto el *Discurso* a la situación de los compases iniciales de la lucha del castellano por afirmar su dignidad en abierta emulación del prestigio del latín, una situación que de forma esporádica salpica toda la cuestión lingüística a lo largo de la centuria, como aparece en sus años finales, motivando la respuesta de fray Luis en la “Dedicatoria” del libro III de su diálogo *De los nombres de Cristo*. Cuando los ecos mayores de la polémica parecían haberse diluido, él recoge este sentimiento de desprecio por la lengua castellana, al que se viene a superponer, agravándolo, el descuido de su ejercicio:

Y aún pudiera esto sufrir o disimular, sino hobiera venido en tanto menosprecio, que basta ser un libro escrito en Castellano para no ser tenido en nada (págs. 51-52).

En la primera redacción del *Discurso* Morales propone directamente, como solución a este estado de postración derivado del descuido y del desprecio de la lengua, su cultivo y ejercicio, ya que, en manos de buenos autores, el castellano puede alcanzar el mismo alto grado de elocuencia que la lengua latina o la toscana. Esta solución ideal corresponde plenamente a las ideas y actitudes renacentistas, regidas por la norma de la naturalidad y el uso, que llevaba —como en Valdés o Pérez de Oliva— a sustituir el tratado por la elaboración de un modelo de lengua a través de la práctica y a su exposición en una forma como el diálogo, plena de reminiscencia platónica y actitud vital. Sin embargo, cuando Morales revisa el texto cuarenta años después, el inquieto humanista vuelve a mostrarse abierto al pulso de las teorías de su momento sobre la lengua y la literatura, y añade una interpolación de considerable extensión recogiendo la idea que, al compás del racionalismo aristotélico de la época barroca que se aproximaba, estaba alterando el panorama de las teorías sobre la perfección del lenguaje. Es decir, la nueva consideración del arte en el establecimiento y conservación del modelo lingüístico.

El proceso de sustitución del uso por el arte como norma del canon estilístico, en el que ahora se impone el modelo de la lengua nacional sobre la norma cortesana, fomenta la proliferación de gramáticas en la segunda mitad

²⁰ Véase el comentario a estas quejas en Romera-Navarro, ob. cit., págs. 214-215.

²¹ *Obras de Garcilaso de la Vega con Anotaciones de Fernando de Herrera*, Sevilla, 1580 (ed. facsímil por A. Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1973), pág. 74.

del siglo XVI, al tiempo que conduce hasta posturas extremas en la apreciación de la lengua, derivadas de una consideración teórica de la misma. Mientras que en 1546 Morales se encuentra con una tradición gramatical que apenas sobrepasa las *Introductiones grammaticae* (1533) de Bernabé Bustos, en el momento de la versión definitiva del *Discurso* puede conocer ya la gran floración de obras de este tipo que ofrece la segunda mitad de la centuria, a partir de la *Suma y erudición de Gramática* (1550) del bachiller Francisco Thámara o la *Gramática castellana* (1558) de Villalón, hasta los *Principios de gramática* (1583) de Luis de Pastrana, sin olvidar la aplicación de los mismos principios del arte a la retórica y a la poética, como hiciera Miguel Sánchez de Lima en su *Arte poética en romance castellano* (1580)²².

No hemos hecho alusión a la auroral *Gramática* de Nebrija, porque el propio Morales ni siquiera la menciona, pero sobre todo porque se aleja diametralmente de sus postulados. De una parte, el período de tiempo transcurrido, casi un siglo entre 1492 y 1586, no ha pasado en balde, y las posiciones del Humanismo renacentista que sustentaban la propuesta nebricense están prácticamente olvidadas en la nueva edad. De otra parte, la concepción que justificaba para Nebrija la necesidad de los estudios gramaticales, y ésta es la raíz fundamental de la transformación operada, difería notablemente de la que servía de base a la posición de Morales, hasta el punto de convertir su divergencia en oposición.

El enfoque del sevillano es historicista y de un esencial pesimismo, pues, "más se puede temer el decendimiento della (de la lengua castellana) que esperar su subida", como afirma en la dedicatoria de la obra. Marcado por la visión histórica con que nace la filología renacentista, Nebrija dirige su mirada hacia atrás y busca su modelo en estadios anteriores de la lengua, respecto a los cuales contempla una amenazante decadencia, influido también en esto por la platonizante idea de lo natural, que sitúa en lo primitivo, por más cercano a la naturaleza, la perfección. La lengua castellana, unida por definición al contexto político, se sitúa en los umbrales de la nueva era imperial con la perfección de lo primero; de ahí que ante ella sólo se abra la perspectiva de la decadencia, si no se somete a las reglas del arte. El arte se concibe, así, como un método de fijación y de detención de la marcha evolutiva del idioma. Como señaló Green, esta teoría decadentista se halla enormemente

²² Véase el apartado dedicado a los estudios gramaticales en Romera-Navarro, ob. cit., págs. 232-235, con datos y comentarios sobre las obras mencionadas. Mayor amplitud posee la recopilación y el análisis de estos textos en la *Biblioteca histórica de la filología castellana* del Conde de la Viñaza, ed. cit., t. I. Para los tratados de poética y retórica, véanse la recopilación de Elena Casas, *La retórica en España*, Madrid, Editora Nacional, 1980, así como el capítulo de A. Vilanova dedicado a los "Preceptistas españoles de los siglos XV y XVI", en la *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, t. II, Barcelona, Vergara, 1963.

extendida, formando parte de la propia naturaleza del Renacimiento a través de sus concepciones platónicas y de la teoría de las edades que servía de base a su propia definición como época²³. Si la aplicación de esta misma idea a las artes constituyó la base del principio de imitación, tuvo su gran desarrollo en las ideas lingüísticas, donde llegó a alcanzar sus actitudes más extremas, que puede representar perfectamente en España el criterio gramatical del Brocense. Con ello, la exacerbación de los principios de la filología humanista conducía a su propia negación, apuntando a la moderna concepción del latín como lengua muerta.

Como es lógico, la actitud de Morales tenía que ser radicalmente distinta, opuesta, ya que él no estaba tratando con una lengua muerta ni amenazada de decadencia, sino plena y juvenilmente viva, notablemente afianzada entre el esperanzador 1546 y el maduro 1586. Por ello, no quería garantizarle la quietud, sino el dinamismo de la vida, con todo lo que ella comporta. Y la vida de una lengua es su uso coloquial y su cultivo literario. Esta visión invierte la de Nebrija y, en lugar de mirar al pasado con nostalgia y al futuro con aprensión, se dirige únicamente hacia el futuro y lo hace con el optimismo de quien espera un continuo perfeccionamiento de la lengua o, al menos, cree en su posibilidad. Por ello, la pretensión de Morales no es fijar la lengua en un estado determinado, sino, por el contrario, impulsar su constante renovación al servicio de la más alta elocuencia. Nada más opuesto, pues, a la prohibición del Brocense que la insistencia del cordobés en la necesidad del ejercicio de la lengua, en el que el arte sólo proporciona las reglas para su desarrollo, sentando las bases de su renovación. Como señalamos más arriba, la naturaleza, sustentadora de la norma cortesana, ha perdido al demediar el siglo su hegemonía como criterio de perfección en favor del arte²⁴, lo que permite la creación de una nueva lengua literaria, que ya no esté atada por las cadenas de la lengua común nacida de la naturalidad:

Mas antes que pase más adelante en esta mi querella, quiero mostrar dos errores muy comunes de nuestros Españoles, que son como fuentes de do mana todo este descuido y como disfamia de nuestro lenguaje. Piensan sin duda vulgarmente nuestros Españoles primero que naturaleza enseña perfectamente nuestro lenguaje y que como es maestra de la habla, así lo es de la perfección

²³ Cfr. Otis H. Green, *España y la tradición occidental*, Madrid, Gredos, 1969, t. III, págs. 289-291.

²⁴ Cfr. Werner Bahner, *La lingüística española del Siglo de Oro. Aportaciones a la conciencia lingüística en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Ciencia Nueva, 1966; las páginas sobre los cambios de criterios y gustos estéticos consiguientes en Amado Alonso, *Castellano, español, idioma nacional: historia espiritual de tres nombres*, Buenos Aires, Losada, 1942; Manuel García Blanco, *La lengua española en la época de Carlos V*, Santander, UIMP, 1958; Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, 1980; y P. Ruiz Pérez, "Sobre el debate de la lengua vulgar en el Renacimiento", ed. cit.

de ella, sin que haya aventajarse uno de otro en esto, porque naturaleza enseña a todos todo lo que en la lengua natural hay que saber. De aquí nace el otro error también muy grande de tener por vicioso y afectado todo lo que sale de lo común y ordinario (pág. 52).

La clave de esta dura acusación se encuentra en la distinción que Morales establece claramente entre el "habla" y la "perfección" de ella. Si la primera sólo se rige por la propiedad y ésta nace de la naturaleza y el uso, la segunda es la que determina la elocuencia, que requiere necesariamente el arte. Sin embargo, Morales no está pensando en el arte abstractamente gramatical de los tratadistas, sino en las reglas surgidas de "la elocuencia y el estudio y el cuidado de bien decir" de los autores, es decir, en el ejercicio de la lengua. Y ya no se trata del ejercicio oral, que se convirtió en la norma del platónico primer Renacimiento, formulada en el principio de "escribo como hablo", sino los modelos escritos, cuya ausencia es la que lamenta Morales en su inicial queja por el descuido de la lengua castellana:

piensan que todo lo que es elocuencia y estudio y cuidado de bien decir es para la lengua Latina o Griega, sin que tenga que ver con la nuestra, donde será superfluo todo su cuidado, toda su doctrina y trabajo (pág. 52).

La distinción entre los dos niveles de lengua, la oral y la escrita, permite el establecimiento de dos modelos estilísticos diferentes, por los que la lengua escrita, literaria, puede distanciarse de la común hablada, basándose en esos principios de cuidado, doctrina y trabajo, sin caer por ello en el vicio de afectación, considerado el pecado capital por el principio de buen gusto que regía la norma cortesana²⁵. Y es un error, según Morales, considerar afectado "todo lo que sale de lo común y ordinario", pero, eliminado el principio rector de escribir como se habla, se hace ahora más precisa, para evitar la afectación, la abundancia de buenos modelos. Lamentando su falta, son reclamados insistentemente en la primera redacción del *Discurso*, para sustentar las reglas del arte de la elocuencia, tal como la concibe el nuevo ideal, que viene a imponerse sobre el de Castiglione y Valdés:

Sin tales exemplos —insiste Morales hablando del latín y del griego— no se podía perfeccionar el uso de la lengua en aquella parte, y que a faltar lo que proveían, faltaría el bien que deseaban; y lo mismo es en las formas y maneras particulares de hablar, que llaman 'phrasis', y en todas las otras partes del lenguaje, donde ayudada naturaleza con el mejor uso saca más ventaja y perfección (pág. 53).

²⁵ Sigue teniendo utilidad el sintético panorama trazado por Menéndez Pidal, "El lenguaje del siglo XVI", en *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, págs. 47-84, donde estudia los conceptos de "afectación", "selección", "norma cortesana", etc.

La superación del naturalismo platónico se hace completamente evidente cuando, abandonando la idea valdesiana de que la perfección del castellano se encontraba en los refranes populares, Morales reconoce la superioridad sobre el “hombre criado desde su niñez entre rústicos” del “que se crió en una gran ciudad” (pág. 52). No obstante, Morales no se va al extremo que inclina completamente la balanza del lado de la invención, como muy poco después harán los cultistas, sino que conserva aún el criterio de selección, a la manera luisiana:

Yo no digo que afeites nuestra lengua Castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quítale la suciedad; no la vistas de bordados, ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido (pág. 53).

Por esto será tan importante la existencia de buenos ejemplos, para renovar y dignificar la lengua sobre el principio de *auctoritas*²⁶.

El tono didáctico heredado del primer Humanismo se continuó hasta la última parte de la centuria en posturas como la de Malón de Chaide, cuando afirma en el prólogo a *La conversión de la Magdalena* (1588), siguiendo a San Agustín, “huelgo que me reprenda el gramático, a trueque de que todos me entiendan”, actitud que sustentaba el empleo del romance en detrimento del latín. Frente a este componente, Morales establece con claridad que el modelo de elocuencia se aparta de la afectación, pero también del habla común, como también hacía por esas fechas fray Luis de León. La idea es clara y generalizada. Se trata de hablar en una lengua vulgar, en romance, pero no de seguir una tradición vulgar. El proyecto es la renovación y dignificación de la lengua por el esfuerzo personal, a través del ejercicio y el cultivo, siguiendo el arte de los buenos modelos. El ejemplo de Cicerón, el mismo inspirador del estilo más aceptado durante el primer Renacimiento, ilustra perfectamente el ideal estilístico mantenido por Morales a partir de la forja de las ideas anteriores, girando alrededor de la separación del habla común:

Las mismas palabras con que Tulio decía una cosa son las que usaba cualquier ciudadano de Roma, mas él con su gran juicio, ayudado del arte y del mucho uso que tenía en el decir, hace que sea muy diferente su habla; no en los vocablos y propiedades de la lengua Latina, que todos son unos, sino en saberlos escoger y juntarlos con más gracia en el orden y en la composición, en la variedad de las figuras, en el buen aire de las cláusulas, en la conveniente juntura de sus partes, en la melodía y dulzura con que suenan las palabras mezcladas blandamente sin aspereza ... (pág. 54).

²⁶ Cfr. Lore Terracini, “Tradizione illustre e lingua letteraria nella Spagna del Rinascimento”, en *Studi di Letteratura Spagnola*, I, 1964, págs. 61-98; II, 1965, págs. 9-94. Se recoge como “Tradizione illustre e lingua leteraria, problema del Rinascimento spagnolo (da Nebrija a Morales)”, en *Lingua come problema...*, ob. cit.

Más adelante vuelve a insistir en este ideal estilístico, que conserva del modelo anterior el papel fundamental de la selección, pero poniendo un énfasis especial en la *dispositio* de esos mismos materiales —el principio de combinación—, pues es en esta composición donde radica la perfección de la elocuencia:

tomemos sólo lo que toca al lenguaje y al primor y a la gracia que cabe en él, que llaman 'elocución' los Rhetóricos Latinos, y toda se ocupa en elegir las palabras y mezclarlas con tal concierto en lo que se dice, que se les añada mucho de eficacia, así para representar las cosas que quieren darse a entender, como para que con mayor deleite se escuchen (pág. 55).

La composición ha de resultar, así, "estremada, natural, llena, copiosa, bien dispuesta y situada" (pág. 55), pero todo ello sin caer en la afectación. Éstas son las mismas ideas que, expresadas en términos casi idénticos, se encuentran en las definiciones de sus ideales estilísticos dadas por Malón de Chaide, Francisco de Medina, Fernando de Herrera o fray Luis de León. El *Discurso* muestra en este aspecto su gran sintonía con el espíritu vigente en torno a 1580 y la receptividad de su autor no sólo a los fenómenos que se están produciendo en este momento, sino incluso a aquellos que apenas se están apuntando, pues los fragmentos entresacados en las últimas citas pertenecen a la redacción primitiva de 1546, cuando Morales sólo disponía en el campo de los modelos estilísticos de los propuestos por Garcilaso, habida cuenta de la lenta difusión del texto valdesiano; y en ambos casos a la base se encontraban los principios de naturalidad y selección²⁷. Por encima de ello, el humanista cordobés dispuso de una amplia y fecunda tradición, que supo recoger y actualizar, adaptándola a las nuevas ideas lingüísticas. Ya Amado Alonso señaló hace casi cincuenta años la tradición latina en la que se inscribe él, pues autores como Morales "tienen el mayor empeño en recoger fielmente la tradición de los retóricos latinos. Toda la armazón argumental del (...) puede recomponerse con las ideas de Cicerón y Quintiliano especialmente"²⁸.

Ya se ha afirmado la existencia de una voluntad de superar aun en lengua romance toda tradición vulgar, en tanto el latín —y, con él, las ideas lingüísticas latinas— sigue siendo el dechado de perfección en el que se ponen las miras de todos aquellos que pretenden renovar y dignificar la lengua castellana. Los ejemplos latinos se repiten a lo largo del *Discurso*, y a través de estas breves citas, que parecen traídas como meras ilustraciones, se filtran las ideas esenciales de la poética latina, que engloba tanto a los autores clásicos

²⁷ Cfr. R. Menéndez Pidal, "El lenguaje del siglo XVI", ob. cit., págs. 67-73.

²⁸ A. Alonso, *Castellano, español, idioma nacional: historia espiritual de tres nombres*, ed. cit., pág. 81.

sicos —Quintiliano, Suetonio Tranquilo, Cornelio Tácito— como a los Padres de la Iglesia y a los tratadistas cristianos —Lactancio, San Cipriano, San Jerónimo—, en un mismo conjunto de modelos de bien decir. En este contexto de la tradición clásica es en el que podemos explicar los ecos horacianos que se perciben en la incipiente distinción de las funciones del lenguaje que plantea el *Discurso*, trabadas en estrecha relación con la dicotomía previamente establecida entre la propiedad y la elocuencia:

Las palabras con que uno se contentara decir alguna cosa de manera que lo entendiesen, él (Cicerón) hará con quitarles y añadirles, con trocarlas y revolverlas, y ataviarlas con todo aderezo de elocuencia, que demás de dar a entender lo que se pretende, las cojan los oídos con más suavidad y enseñen al entendimiento más sabrosamente y con más gusto (pág. 54).

Sin duda alguna estamos ante una nueva formulación del *utile et dulce* de Horacio, en la que junto a la estricta función de comunicación se encuentra la de expresar y mover, *movere et delectare*. La relación de los términos contrapuestos es clara y precisa. La lengua hablada puede alcanzar por la naturaleza y el uso la propiedad, y con ella puede comunicar las ideas. Pero es sólo cuando a la naturaleza y al uso se suma el arte en la lengua escrita, cuando se alcanza la suma elocuencia, que es la que proporciona, además del efecto conativo sobre el receptor, el placer estético, un factor en progresiva valorización según la literatura va desprendiéndose del predominio del componente utilitario adherido durante la Edad Media y preservado por una importante corriente del Humanismo renacentista²⁹.

Con este planteamiento, cuya base es la misma que la de la defensa de la lengua literaria alejada del habla común, Morales se aparta ya en 1546 de los ideales estilísticos del Renacimiento más temprano, en busca de una ampliación de las posibilidades expresivas y estéticas, que rebasa sobradamente los límites impuestos por la preceptiva sencillez renacentista de Valdés y del propio Garcilaso. Ello implica, naturalmente, una propuesta de transformación de la lengua poética recibida del período anterior, una transformación que sólo se puede llevar a cabo siguiendo las reglas del arte:

²⁹ Frente al modelo medieval del razonamiento escolástico, que persigue la verdad y la certeza, el Humanismo, que desplaza la lógica por la retórica, se orienta hacia la persuasión y la probabilidad. Cfr. Vicente Muñoz Delgado, "Nominalismo, lógica y Humanismo", en *El erasmismo español*, ob. cit., págs. 109-174. Joseph Pérez plantea otra perspectiva de estas relaciones en "Renacimiento y escolástica", en *Literatura en la época del Emperador. Academia Literaria Renacentista. V*, Universidad de Salamanca, 1988, págs. 9-20. Para la formación y consolidación de los tópicos horacianos, véase Antonio García Berrio, "La formación del 'patrón' renacentista de Horacio y los tópicos teórico-literarios del Siglo de Oro español", en *Actas del IV Congreso Internacional de Hispanistas*, Universidad de Salamanca, 1982, págs. 573-589.

La causa verdadera de no acertar a decir bien, ni diferenciar lo bien dicho en el Castellano, está principalmente en no aplicarle el arte de la elocuencia, en lo que ella enseña mejorar la habla, no para propiedad, que ésta el uso la muestra, sino para la elegancia y la fineza, donde no llega el uso y el arte puede mucho suplir el defecto (pág. 56).

Se mantiene aquí de manera clara y efectiva la distinción de los dos niveles antes señalados, el de la propiedad y el de la elegancia, como características respectivas de la lengua oral y la escrita, rompiendo la identificación renacentista, que se apoyaba en la sola determinación de la naturaleza y el uso.

Para Morales estos dos principios resultan ya insuficientes si no son regulados por el arte y, junto al arte, los ejemplos, el modelo de los *auctores*, seguido de un concepto de imitación que parte del renacentista, para adaptarse a los nuevos ideales estéticos. El uso de los ejemplos resultaba ya fundamental para el modelo estilístico del primer Renacimiento, tal como reconocía Valdés en el *Diálogo de la lengua*, al resaltar el papel decisivo de Petrarca y Boccaccio en el desarrollo de la lengua toscana, un papel más importante incluso que el de la obra gramatical del Bembo, ya que es en los modelos donde se puede operar el principio básico de la selección, tan ligado al concepto de *imitatio*. Morales retoma los pasos de Valdés y otros andados por la poesía latina, junto con la lamentación por la distinta suerte de la lengua castellana, en la que no encuentra en 1546 los ejemplos que pueden servir de modelos satisfactorios:

Junto con esto (el arte) faltan en nuestra lengua buenos exemplos del bien hablar en los libros, que es la mayor ayuda que puede haber para perfeccionarse un lenguaje; y donde falta el arte la imitación con los buenos dechados alcanza mucho (pág. 56).

Destaca en este fragmento el carácter rotundamente explícito con que Morales sitúa los posibles "buenos exemplos de bien hablar en los libros", señalando la consagración de la superioridad de la lengua literaria escrita sobre la lengua hablada, idea que ya había aparecido en Pietro Bembo y que en España alcanza su culminación en las *Anotaciones* de Herrera y la controversia que despertaron, donde el sevillano mantuvo que reside "en la literaria la verdadera dignidad del idioma"³⁰. Como señala Werner Bahner, Bembo, que es el primero que intenta someter la lengua toscana a las reglas del arte, marca el inicio de un nuevo período en la historia de la lingüística y de las lenguas vulgares, al tratar la lengua romance como lo había sido el

³⁰ Cfr. A. Alonso, ob. cit., pág. 73. Juan Montero (*La "Controversia" sobre las "Anotaciones" herrerianas*, Ayuntamiento de Sevilla, 1987) da cuenta de las "apreciaciones literarias" del sevillano (págs. 68-70).

latín clásico, pues para él no se puede hablar de la existencia de una lengua, si no es en función de sus obras literarias, por lo que, con una actitud que el historiador califica de conservadora y aristocrática, lleva a la lengua vulgar el concepto latino de *imitatio*³¹.

Es en esta línea, mucho más que en la marcada por Nebrija, en la que se incardina Morales y en la que, a partir de la nueva valoración del arte en la lengua, repite las consecuencias de este principio siguiendo a los preceptistas italianos en la busca de buenos *auctores*. En opinión del cordobés, “destos ya ha habido algunos en nuestro tiempo, que con escrebir en Castellano cosas de buena doctrina, adornándolas con el cuidado de bien decir, han abierto la puerta a todos los Españoles doctos, para que de aquí adelante estimando en mucho nuestra lengua, que veen ya mejor inclinada y capaz de todo aderezo de elocuencia, todos sin miedo se le entreguen, y en breve llegue a ser tan copiosa y tan galana como, si no le faltan sus naturales, puede” (pág. 58).

Con estas palabras Morales matiza significativamente su apasionada queja anterior sobre la falta de autores en lengua castellana, ofreciendo a continuación una nómina que parece traída expresamente para contradecir tan rotunda negación. Pero Mexía, Florián de Ocampo, Hernando del Pulgar, Boscán, Garcilaso, Alejo Venegas, Cervantes de Salazar y fray Luis de Granada desfilan con sus obras por las páginas del *Discurso* entre elogios y encendidas apreciaciones. La aparente paradoja se resuelve al descubrir que Morales culmina la elogiosa relación con la alabanza de su tío, Pérez de Oliva, “uno de los más señalados y admirables ingenios que España ha tenido” (págs. 62-63). Tal afirmación no cabe entenderla simplemente en el conjunto de la tónica laudatoria habitual en los prólogos al uso, sino que debemos situarla en el contexto de la intención de Morales de establecer un modelo literario válido, a partir de cuya imitación se pueda alcanzar la renovación de la lengua poética castellana según las reglas del arte. La negación de una tradición literaria en este aspecto, además de venir ligada al rechazo de la norma estilística anterior, basada en el habla, supone la novedad del intento dignificador del autor del *Diálogo de la dignidad del hombre*, que tampoco puede presentarse como una iniciativa totalmente aislada, perdida en su propia individualidad, sino en el seno de un reducido conjunto de autores de prestigio ya consolidado en los comedios de la centuria y que sirven de aval a los cánones estilísticos de la obra de Oliva reivindicados por Morales.

Su alabanza no se limita, pues, a un deseo de dar lustre a la obra de su tío, sino a la voluntad de encontrar quien confirme, como el repetidamente citado Cicerón hiciera en las letras latinas, la posibilidad de la lengua castellana de alcanzar la más alta dignidad y el más alto grado de perfección y

³¹ Werner Bahner, *La lingüística española del Siglo de Oro*, ed. cit., pág. 66.

elocuencia, inspirando así los intentos de otros autores. Este planteamiento queda expuesto con claridad cuando Morales continúa la alabanza de Oliva:

Principalmente pues los mismos que le conocieron por estremado en todo género de disciplinas y por hombre prudentísimo y muy virtuoso saben cuánto se pulió en su lengua, cuánto le fue aficionado y cómo estaba todo puesto en dar a entender el mucho fruto que podía producir su fertilidad, siendo bien cultivada (pág. 63).

Cuando el *Discurso* se extiende, para figurar en la edición de las *Obras* de Oliva, abarcando un conjunto mucho mayor de las mismas que el recogido por Cervantes de Salazar, Morales amplió sustancialmente estas consideraciones, introduciendo los criterios que en el último tercio del siglo estaban sustentando la gran innovación poética de Herrera o de fray Luis de León. Por ello, la obra de Oliva no aparece sólo como una invitación al cultivo de la lengua castellana, sino a desarrollarla en una precisa tradición culta y llena de "gravidad", el signo de la nueva etapa:

No se puede dar del todo a entender cuán grande fue el amor que tuvo a nuestra lengua, mas entiéndese mucho cuando se considera cómo un hombre que tan aventajadamente podía escribir en Latín y hacer mucho más estimadas sus obras, por estar en aquella lengua, haciendo lo que los hombres doctos comúnmente hacen, no quiso sino escribir siempre en lenguaje Castellano, empleándolo en cosas muy graves, con propósito de enriquecerlo con lo más excelente que en todo género de doctrina se halla (pág. 63).

Es posible matizar esta idea de "gravidad" hasta su exacta significación, si tomamos en consideración algo ya apuntado: la distinción entre lengua vulgar y tradición vulgar, junto al desarrollo teórico que de estas ideas hacía fray Luis en la citada "Dedicatoria", auténtico compendio de las ideas lingüísticas y poéticas más avanzadas del momento. Como afirma Romera-Navarro, para el agustino "tener por fácil y de poca estima lo que se escribe en castellano es engaño y vicio común: empleada la lengua en cosas sin sustancia en el pasado, no la creen capaz de más altos empeños"³², en lo que el poeta de las odas coincide con la opinión de Morales. Tal como éste postula implícitamente en sus elogios de Oliva, fray Luis distingue con claridad el estilo de la lengua en que se escribe:

las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como a la gravidad le conviene, o sean españolas o sean francesas; que si porque a nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y baxamente, es grandísimo error³³.

³² M. Romera-Navarro, ob. cit., pág. 242.

³³ Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, ob. cit., págs. 495-496.

Cristóbal Cuevas, moderno editor del diálogo luisiano, sintetiza perfectamente la opinión del autor:

Lo que hace falta es escribir 'como a la gravedad le conviene', en lo cual está muy descuidada la lengua castellana en comparación con 'las mejores' de Europa —italiana y francesa—, a las cuales, no obstante, 'vence ella en otras muchas virtudes'³⁴.

La intención que Morales reivindica en la obra de su tío es sustancialmente la misma. Se trata de escribir en una lengua vulgar, pero no en una tradición vulgar, sino en una tradición culta, con arreglo a las normas del arte. Para ello el autor busca una materia de dignidad elevada, esas "cosas muy graves" que señala el *Discurso*, con la que probar y afirmar la dignidad de la lengua, llevándola con arte a un estilo elevado, a un estilo grave. El modelo conceptual operante en este diseño retórico es, evidentemente, el de la teoría de los estilos codificada por los preceptistas medievales en la tópica *rota virgiliana*, en la que se hace corresponder en estrecha relación la materia y el estilo de la poesía. Dicho modelo ha operado en las más significadas revoluciones estilísticas de los Siglos de Oro, tomando uno u otro sentido de la relación mutua de lengua y materia. Mientras que el experimento gongorino de las *Soledades* sería interpretado como un proceso de ennoblecimiento de una materia común a través de un estilo elevado y culto, Morales señala en la obra de Oliva la actitud inversa, la de elegir materias elevadas para permitir la dignificación del estilo y la lengua castellana. Con ello el cronista de Felipe II sitúa la obra de su tío a la cabeza de los intentos de renovación de la lengua castellana para mejorar la consideración de su uso, tal como, entre las dos redacciones del *Discurso*, defiende el propio Morales en el prólogo de su primer tomo de la *Crónica*³⁵, en el que justifica su quehacer historiográfico y su empleo del castellano por ausencia de trabajos de esta índole en lengua romance. El criterio es esencialmente el mismo que le llevaba a negar la existencia de ejemplos útiles para el arte de la elocuencia con anterioridad a la obra de Oliva, que adquiere, en el contraste, la dimensión de modelo estilístico que Morales pretendía.

En realidad, la vía renacentista de renovación del idioma mediante la creación de una lengua poética basada en la imitación de las materias de los modelos clásicos, para llevar el castellano hasta el mismo nivel de expresión

³⁴ Ídem, pág. 60.

³⁵ "Todavía —señala el cronista— se tuvo también algún cuidado en que nuestra lengua castellana tuviese aquí algo de la mucha dignidad y grandeza que en ella y en su perfección cabe (...). Tanto más deseo cuanto más entiendo que es nuestra lengua muy excelente y capaz de mucha lindeza, que con gravedad puede levantar las cosas y ensalzarlas mucho" ("Prólogo" a *Corónica General de España que continua Ambrosio de Morales*, Alcalá de Henares, por Juan Iñíguez de Lequerica, 1574, s. p.).

y elocuencia, no resulta privativo de Oliva, sino que, pasando por el propio Garcilaso, se consagra como el cauce más fecundo de las letras renacentistas españolas, ratificado no sólo por el *Discurso sobre la lengua castellana*, sino a lo largo de toda esa línea de desarrollo teórico y práctico de la lengua poética que recorre el siglo XVI. Cinco años antes de la publicación del *Diálogo de la dignidad del hombre* de Oliva con el prólogo que nos ocupa, otro cronista, en este caso imperial, el sevillano Pero Mexía, justificaba su recopilatoria *Silva de varia lección* (1541) formulando expresamente el mismo principio que animaba la obra de Oliva tal como nos lo presenta su sobrino y heredero, esto es, el intento de proporcionar a las letras españolas asuntos elevados, en los que pueda fraguar su depuración estilística:

Y pues la lengua castellana no tiene, si bien se considera, por qué reconozca ventaja a otra ninguna, no sé por qué no osaremos en ella tomar las invenciones que en las otras y tratar materias grandes, como los italianos y otras naciones lo hacen en las suyas, pues no faltan en España agudos y altos ingenios³⁶.

Nos volvemos a encontrar con la acusación del descuido sufrido por nuestras letras, pues “agudos y altos ingenios” no faltan; y, junto a ella, la mirada al modelo italiano, la misma mirada y el mismo lamento que dirigiera Garcilaso cuando enviaba a doña Gerónima la traducción de *Il Cortegiano* por su amigo Boscán, otra muestra de la generalizada corriente aquí comentada. En ella Morales, además de preservar la obra de su tío y fijar una imagen crítica de la misma, plantea el modelo teórico de la nueva norma estilística. El que para ello utilice bases teóricas extendidas —aun dejando al margen toda cuestión de prioridades e influencias— no desmerece el valor de su *Discurso*, sino que lo resalta, pues en lugar de una originalidad nunca perseguida por los humanistas, encontramos en él las claves que lo convierten en sintomático reflejo de un debate trascendente en las modernas letras españolas y una de las posiciones más claras y avanzadas en la resolución del mismo.

³⁶ P. Mexía, *Silva de varia lección*, ed. A. Castro, Madrid, Cátedra, 1989, págs. 162-163. Cfr. la situación de este pasaje en el contexto de las mencionadas polémicas sobre la lengua romance en M. García Blanco, *La lengua española en la época de Carlos V*, ed. cit., pág. 37.